



LA SUNAMITA.

Mulier beneficiens.

(Eccles. XLII. 14.)

In operibus bonis testimonium habens

.....hospitio recepit.

(1 ad Timoth. V. 10.)

ELIAS y Eliseo acababan de salir de la aldea de Galgala, situada entre el Jordan y Jericó, é iban caminando por aquellos campos. Elías, advertido interiormente que había llegado su hora de dejar la tierra, quiso separarse de su discípulo: “Quédate aquí, le dijo, porque el Señor me envía hasta Bethel.” A lo que respondió Eliseo: “Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejaré.” Llegaron, pues, juntos á Bethel, pequeña villa de la tribu de Benjamin, en donde había un colegio de profetas, los cuales fueron á encontrar todos á Eliseo, y le dijeron: “¿No sabes tú que el Señor se te llevará hoy á tu amo?” “Ya lo sé, callad,” les



Viuda é hijos de Arango, Editores.

J. M. Villasana

Lit de Llano y C^o

LA SUNAMITA.

respondió. Manifestó Elías el deseo de volver solo á Jericó, queriendo sustraer de la vista de los otros el prodigio que en él iba á obrarse; pero el fiel discípulo tampoco consintió en esta separación. Llegados á Jericó, le dijo el maestro: "Quédate aquí, porque Dios me envía hasta el Jordan," y Eliseo le hizo la misma respuesta que le había dado la primera vez: "Te juro por el Señor y por tu vida que no me apartaré de tí." Continuaron, pues, su ruta, seguidos á lo lejos de los hijos de los profetas, en número de cincuenta.

Al llegar Elías á las orillas del Jordan, tomó su capa y la plegó para golpear con ella las olas, que se abrieron al instante, como á la voz de otro Moisés, y le dejaron paso libre. Cuando los dos viajeros hubieron pasado el Jordan, dejando á la otra parte la turba de los profetas que de lejos les estaban observando, Elías se dirigió á su compañero, y le dijo: "Pide lo que quieras que yo haga por tí, ántes que sea de tí separado." "Pido, dijo Eliseo, que sea duplicado en mí tu espíritu." "Difícil es lo que pides, contestó el profeta; no obstante, si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de tu lado, obtendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no lo tendrás." Pedía nada ménos Eliseo, que como primer discípulo de Elías, recibiese porción doble de los dones de profecía y de milagros que aquel había obtenido. Prosiguieron, pues, su camino y su conversacion, y aconteció el prodigio de que hemos hablado ya, cuando un carro de fuego con sus caballos de fuego, vino á arrebatar á Elías como un luminoso torbellino. Despues de haber exclamado Eliseo: "¡Padre, padre miol vos sois el carro de Israel y su guía," y cuando todo hubo desaparecido por los aires, Eliseo rasgó sus vestidos en señal de luto, y se abandonó á toda la amargura de sus dolorosos recuerdos. Recojó despues el manto ó capa que se le había caído á Elías en el momento de su arrebato hácia los cielos, y volviéndose se paró en las riberas del Jordan. Y con el manto de su maestro hirió las aguas del río, que por esta vez no se dividieron. Y exclamó con una fé lastimera: "¿Dónde está ahora el Dios de Elías?" Hirió nuevamente

las aguas, y se dividieron á un lado y á otro, y pasó Eliseo. La turba de los profetas que habian venido de Jericó y aguardaban todavía desde la orilla opuesta en aquel mismo lugar en que debieron renunciar el seguir mas á sus dos ilustres gefes; al ver que la mano del discípulo volvia á empezar las maravillas obradas por el maestro, exclamaron: "El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo;" y saliéndole al encuentro, le hicieron, postrados en tierra, una profunda reverencia, dándole todas las señales del mayor respeto, como á su nuevo guía y director.

Muy presto diversos prodigios vinieron á acreditar la mision de Eliseo: su nombre se engrandeció rápidamente en los dos reinos de Israel y de Judá, y se le honró como al heredero del espíritu de Elías y al intérprete de la voluntad del cielo. Los vecinos de Jericó le hicieron presente, que siendo tan bella la situacion de su ciudad, las aguas eran malas é insalubres, y la tierra estéril. "Traedme, dijo el profeta, una vasija nueva, y echad sal en ella." Y habiéndosela traído, se fué al manantial de las aguas, echó en él la sal, y dijo con voz solemne: "Esto dice el Señor: Yo he hecho saludables estas aguas, y nunca mas serán causa de muerte ni de esterilidad." Y desde entónces quedaron saludables las aguas como son en el dia, conforme á la palabra pronunciada por Eliseo. Una turba de muchachos insultaron por el camino de Bethel la calvicie de su cabeza respetable. Volviéndose Eliseo hácia ellos, acompañó su severa mirada con la maldiccion en nombre del Señor; y al instante dos osos, salidos de la selva vecina, corrieron hácia ellos para devorarlos. Los reyes le pedian consejo; los pobres no le imploraban en vano. En los desiertos de Idumea, cuando los dos reyes de Israel y de Judá, despues de la muerte de Acab, marchaban á castigar al príncipe de Moab que habia roto su alianza con Israel, hallándose sin agua para el ejército y bagajes, acudieron á Eliseo, el cual al son del arpa y con la melodía del canto, fué sintiendo sobre sí el espíritu del Señor; y mandando hacer escavaciones en la madre de un torrente, no solo hizo venir las aguas corriendo por el camino de Edom, sino que predijo la destruccion de Moab, y el triunfo de los fuertes de Israel.

Vino á clamar un dia á Eliseo la viuda de un profeta, diciendo: "Mi marido murió, y bien sabes que tu siervo era temeroso de Dios: pero ahora viene su acreedor, para llevarse mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos."—"¿Qué quieres que haga por tí?" contestó Eliseo. Dime, ¿qué tienes en tu casa?" Y ella respondió: "No tiene otra cosa esta tu sierva en su casa, que un poco de aceite para unjirme." A lo cual dijo Eliseo: "Anda y pide prestados á todos tus vecinos vasijas vacías en abundancia: entra despues en tu casa, y tú y tus hijos echad de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondreis aparte." Obedeció la mujer con sencillez y puntualidad, el aceite manaba inagotable, y no cesó de multiplicarse hasta que no hubo ya mas vasijas que llenar. "Ahora, pues, dijo el profeta á la viuda que vino á darle cuenta de aquel prodigio, vende el aceite, paga á tu acreedor, y de lo restante, sustentaos tú y tus hijos."

Guia inspirado de los profetas, Elías visitaba frecuentemente sus colegios esparcidos en diversos puntos del país: habia en Jericó, la ciudad de las palmeras, en Galgala, sobre las alturas que dominan el Jordan en la parte superior del Mar Muerto, en Bethel, pueblo de graciosa posicion echado como un nido de águila entre las montañas que atraviesan la Palestina desde el Norte al Mediodía. Pero sobre todo, en las grutas suspendidas á los lados del Carmelo es donde los profetas se habian retirado como en otros tantos alcázares, donde inaccesibles á los asaltos de la vida exterior, encontraban aquel aislamiento santo y aquella serenidad de vida que aproximan el hombre al cielo, y hacen gozar de la familiaridad de Dios. Véanse aun en el dia las cavernas que fueron habitadas por aquellos hombres, antiguos precursores de los solitarios cristianos: sobre la mayor parte de ellos se han edificado conventos: un santón ó monje turco vigila la entrada de los unos, miéntras los otros están guardados por el pabellon de alguna potencia católica de Europa. Están arrojados como un lienzo de verdor oscuro en el seno de una vejetacion robusta y severa, bajo un cielo profundo y puro, en faz alguna vez del mar inmenso que por la parte de Occidente viene

á estrellar sus olas espumantes á los piés del Carmelo. Estos retiros, verdaderas moradas del alma, refugio de las graves meditaciones, atestiguan el vivo é inmortal sentimiento que despega al hombre de las groseras realidades y le lleva hácia un bien infinito, cualquiera que sea la atmósfera del siglo en que vive, y sea cual fuere la creencia que le presta sus alas para remontarse. Diríase que él se ahoga en el estrecho círculo de la vida presente y en medio de las obras de sus manos, y que no se siente en su elemento sino en medio de los grandiosos espectáculos de la naturaleza y de los vastos horizontes, símbolos de aquellos espacios ilimitados hácia donde empuja sus poderosos deseos, que vienen á ser la region en que su alma respira: los límites de lo criado, parece que retroceden indefinidamente delante de este gigante inmortal.

Recorriendo la Palestina, encontraba Eliseo, por el camino de Samaria al Carmelo, la poblacion de Sunam, en una deliciosa llanura, no léjos de las alturas de Gelboé. Allí habia muchas veces recibido la hospitalidad de un hombre de consideracion, cuya mujer era conocida por sus religiosos sentimientos. Esta mujer acogia al profeta con el mayor respeto, y le cuidaba con la mayor solicitud y delicadeza. Dijo, pues, un dia á su marido: "Observo que el hombre de Dios que pasa con frecuencia por nuestra casa, es un varon de elevada santidad." Y como esta señora tenia ya ciertas habitudes de recojimiento y de silencio, y además vivia de una manera muy sencilla y tenia pocas necesidades, añadió: "Dispongamos, pues, para él un reducido aposento, y pongamos en él una cama, una mesa, una silla y un candelero, para que se recoja allí cuando á nuestra casa viniere." Y realmente habiendo llegado cierto dia, se alojó en aquel aposento para descansar. Sumamente complacido con estas atenciones, y mas aún por el espíritu de fé que en ellas se descubria, quiso Eliseo manifestar á sus huéspedes todo su reconocimiento. Dijo, pues, á Giezi su criado: "Habla á la Sunamita en estos términos: Tú nos has hecho señalados servicios y nos has asistido con mucho esmero, ¿qué quieres, pues, que yo haga por tí? ¿tienes algun negocio? ¿ó quie-

res que hable en favor tuyo al rey ó á su general?" La Sunamita desinteresada en su celo, respondió en tono de agradecimiento, "Yo habito en paz en medio de mi pueblo." Giezi trasladó á su amo estas palabras. "¿Qué quieres, pues, que haga por ella? dijo Eliseo." "No hay que preguntárselo, replicó el servidor, supuesto que no tiene hijos, y que su marido es ya viejo." Ya se tiene noticia de que los hebreos miraban la esterilidad como un castigo del cielo, y un oprobio que gravitaba sobre el hogar doméstico: á sus ojos la imágen de la felicidad era un padre cuya vida se decoraba con el embeleso de numerosos hijos que le sonriesen: la vejez parecia lamentable y maldita cuando no tenia el adorno y el sostén de una posteridad, como un árbol á quien el rayo habia despojado de su copa y no se apoyaba sino en disecadas raices.

Dijo, pues, el profeta á Giezi: "Haz que venga la Sunamita." Y ella se presentó en actitud de respeto, y se detuvo en pié á la puerta del aposento que habitaba el varon de Dios, el cual le dijo: "Dentro de un año en este mismo dia, dándote Dios vida, llevarás un hijo en tus entrañas." A lo que respondió ella: "No quieras, señor mio, no quieras fe ruego, varon de Dios, engañar á tu sierva con una alegre ilusion." Pero Dios, que adormeció ó despierta á su voluntad las fuerzas de la naturaleza, y que saca de los yelos del invierno el rico manto de flores con que se viste la primavera, supo verificar la palabra que habia puesto en la boca de su profeta. En el tiempo predicho, la Sunamita tuvo un hijo, dulce objeto de largos deseos, preciosa recompensa de sus sentimientos de fé y caridad.

Después de algunos años en que el niño iba creciendo, fué á encontrar á su padre que estaba ocupado en el campo de los segadores. Herido seguramente por los ardientes rayos del sol, dijo al llegar á su padre: "¡La cabeza! me duele la cabeza!" Y dijo el padre á un criado: "Tómale y llévale á su madre." El mal hizo rápidos y terribles progresos, sin que pudiese cortar sus alas la mas afectuosa ternura. Hácia el medio dia el niño

espiró sobre las rodillas de su madre. Tan dura prueba no logró abatir á la fiel hija de Sunam. Subió al aposento del profeta, y puso al niño yerto sobre la cama del varon de Dios; cerró la puerta y llamó á su marido á quien dijo: "Despacha conmigo, te ruego, uno de tus criados y una borrica, para ir yo corriendo al varon de Dios y volver luego." Y le dijo el marido: "¿Por qué quieres ir á visitarle? no estamos hoy ni en el primer dia del mes, ni en dia de sábado." Porque en tales dias y en las fiestas establecidas por la ley, se reunia el pueblo al rededor de los profetas, para saber de su boca la voluntad de Jehová. Parece de una parte que la Sunamita asistia habitualmente á estas asambleas ó reuniones religiosas, y de otra que no dió parte á su marido ni de la muerte del niño ni del objeto de su viaje, sino que dijo simplemente: "Voy á partir."

De Sunam á la gruta de Eliseo en el Carmelo habia seis ó siete horas de camino. La Sunamita, despues de haber hecho aparejar la borrica, dijo á su criado: "Arrea y llévame con celeridad; no me hagas detener en el camino, y has lo que yo te diga." Los viajeros marcharon con rapidez, y al ganar la pendiente de la montaña, Eliseo, que la vió venir desde léjos hácia él, dijo á Giezi su criado: "Mira, aquella es la Sunamita: sal á su encuentro y díle: ¿Lo pasais bien tú, tu marido y tu hijo?" La Sunamita continuó su viaje hasta llegar al monte y á la presencia del varon de Dios: al momento se arrojó á sus piés con muestras del mas profundo dolor y desespero. Giezi queria hacerla retirar, pero le dijo su amo: "Déjala porque su alma está llena de amargura: el Señor me lo ha ocultado y no me ha revelado la causa." "¡Oh maestro mio! exclamó la desolada mujer, ¿por ventura te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras con una falsa alegría?"

Eliseo escuchó sus quejas y la compadeció. Llamó en seguida á su criado y le dijo: "Pon haldas en cinta, y toma mi báculo y marcha prontamente: si encontrases alguno no te pares á saludarlo, y si alguno te saludare no te detengas á responderle, y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño." Pero toda la esperanza

de la madre estaba en la presencia y en la palabra de Eliseo: díjole, pues, con resolución: "Júrote por el Señor y por tu vida, que no partiré sin tí." No pudo resistir el profeta á tanto dolor y á tanta fé, y acompañó á la Sunamita. Giezi, entretanto, cumpliendo con las órdenes de su amo, habia tomado la delantera y puesto el misterioso báculo sobre la faz del cadáver. Pero admirado de que éste no volviese á la vida, fuese en busca del profeta y le dijo: "El niño no ha resucitado." Y en efecto, Eliseo á su llegada, encontró al niño muerto y tendido sobre su lecho. Cerróse, pues, dentro del cuarto con el niño, y se puso en oracion: subió despues sobre la cama, y acomodóse como pudo á las pequeñas proporciones de los miembros yertos del niño, poniendo boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos, y encorbado así sobre el niño, la carne de éste entró en calor. Tras esto, levantándose, dió dos vueltas por el aposento, y subió otra vez y recostóse sobre el niño, el cual, ya animado del todo, abrió los ojos y dió algunos lijeros suspiros. Y llamando por fin á Giezi, le dijo: "Avisa á la Sunamita." La madre, volviendo á encontrar á su hijo arrancado á la muerte, se arrojó á los piés de Eliseo, postrándose hasta el suelo, para demostrarle su reconocimiento y su afectuosa veneracion. Penetren si pueden el gozo inefable de esta madre las que han visto espirar su hijo en sus brazos, si algun poder sobrenatural les hubiese restituido con vida el tierno objeto de sus cariños. Como ninguno de nosotros habrá presenciado cómo la muerte restituye su víctima, no podemos tener idea del gozo de una resurreccion, acto supremo del poder de Dios sobre las leyes de la naturaleza, que raras veces ha visto el mundo, que se reservó para sí misma la Omnipotencia en la persona del Hombre Dios, que algunas veces ha concedido á sus mas ilustres y distinguidos servidores.

Otras maravillas señalaron asimismo el poder del profeta; pues Dios queria rodearle de esplendor, para oponerle como un alcázar inexpugnable, ya fuese al error y á la perversidad que descendian del trono sobre la nacion, ya fuese á los enemigos exteriores que

venian á traer á Israel los horrores de la guerra y de la idolatría. Porque no se hallaban aun olvidadas las tradiciones de Acab y de Jezabel; y además los príncipes de Damasco inquietaban incessantemente el reino de Samaria. El gobierno de Salomon habia puesto en la vida del pueblo hebreo aquel límite supremo de grandeza y de espléndida pujanza, á donde si llegan por un momento las sociedades, es para decaer en seguida con acelerada rapidez, como si la gloria y la prosperidad no fuesen jamás sino cosas facticias, arrojadas sobre el fondo de la vida humana que no es otra cosa sino trabajo y dolor. El Egipto fomentó la separación y las rivalidades que debilitaron gradualmente los dos reinos de Israel y de Judá; rivalidades de que sacó partido un soldado feliz para engrandecer y consolidar su poder en Siria, y legar á sus sucesores un cetro formidable. Estos reyes tenían por capital á Damasco; y poseían fuerzas tan considerables en tiempo de Eliseo, que sus ataques eran para su patria uno de los mayores peligros. Así que un día en que el profeta fué visitado por Hazael, general sirio, se conmovió de tal manera, y su turbó tanto su semblante y cayeron tantas lágrimas de sus ojos, que preguntó el extranjero: “¿Por qué llora así mi señor?” “Porque sé, contestó el profeta, los males que has de hacer á los hijos de Israel; tú entregarás á las llamas sus ciudades y plazas fuertes; tú pasarás á cuchillo sus jóvenes; tú estrellarás contra el suelo sus niños, y abrirás las entrañas de sus mujeres en cinta.”

A las calamidades de la guerra se juntaron los sufrimientos del hambre. Una cosecha desgraciada produjo la carestía. Eliseo dijo á la Sunamita: “Parte con tu familia, busca otra region en que puedas vivir, porque el Señor ha hecho venir el hambre y ella ha llegado á la tierra por siete años.” La Sunamita siguió este consejo, y fué á morar en el país de los filisteos. Mientras iba haciéndose mas cruel el azote, Ben-Adad, que pasó sobre el trono de Damasco ántes del sanguinario Hazael, vino á sitiar á Samaria. Tan terrible fué luego el hambre dentro de la ciudad, que los objetos mas viles que podian servir de alimento, tenían el

mas alto precio. Una mujer fué á encontrar al rey de Israel pidiendo socorro. “¿Qué quieres? dijo el rey, ¿acaso puedo yo salvarte?” Y le respondió la mujer: “Una vecina me dijo: Dá tu hijo para que hoy le comamos, que mañana comeremos el mio. Cocímos, pues, mi hijo, y nos le comimos. Al dia siguiente le dije yo: Dá tu hijo para que nos le comamos, mas ella lo ha escondido.” Tanta miseria y barbarie, puso al rey en una profunda consternacion; rasgó desesperado sus vestidos, é imputando estas horribles desgracias á Eliseo que las habia predicho: “Juro por el Señor, exclamó, que hoy mismo ha de caer la cabeza de Eliseo.” Pero en aquel mismo dia los sirios, azorados por un terror pánico, levantaron el sitio, y abandonaron el campo lleno de víveres. Algunos leprosos que habian salido de la ciudad para ir á pedir á la espada enemiga una muerte mas pronta y ménos horrible que la del hambre, encontraron el campo desierto y ricamente provisto, y corrieron á participar á sus compatriotas tan inesperada fortuna. Los extremados apuros desaparecieron, pues, con el enemigo, y estaciones mas felices trajeron la abundancia.

La Sunamita volvió á su país, cuando la calamidad habia desaparecido. Y como encontrase su casa y sus posesiones ocupadas por poderosos usurpadores, acudió al rey para pedir justicia, á fin de que le fuesen restituidas. En aquel momento el rey se informaba por medió de Giezi de todas las maravillas obradas por Eliseo; y mientras le estaba contando cómo habia resucitado á un muerto, compareció la mujer á cuyo hijo habia resucitado, reclamando ante el rey su casa y sus heredades. Y dijo Giezi: “Ved ahí la mujer, y este es su hijo á quien resucitó Eliseo.” La Sunamita hizo por sí misma la relacion de todo lo que le habia sucedido. Y reconociendo el rey la justicia de su demanda, dijo á uno de sus oficiales: “Haz que se le restituya todo lo que le pertenece, y todos los réditos de sus heredades, desde el dia que salió de su tierra hasta el presente.”

Eliseo se habia retirado á Damasco, y desde allí vió el doloroso cumplimiento de sus profecías. Envió á uno de sus discípulos

para derramar la unción real sobre la cabeza de Jehú, capitán célebre por su valor y por sus talentos militares, y darle la misión de exterminar la familia de Acab. Jehú, fiel á esta vocación terrible, avanzó con las tropas ganadas ya á su partido contra el rey su señor, el cual, como vimos ya, no tuvo tiempo para ponerse en defensa, y pereció miserablemente. Inmoló asimismo con la mayor facilidad á la fiera y temida Jezabel, cuya sangre corrió debajo los pies de los caballos, y cuyo cadáver desapareció devorado por los famélicos perros. Hizo también caer bajo el golpe de la cuchilla á Ochozias, rey de Judá, hijo de la ambiciosa Atalía. En fin, escribió á los ancianos del pueblo y á los oficiales de la casa de Acab, en Samaria, estas palabras: "Al momento de recibir esta carta, vosotros, que teneis en vuestro poder á los hijos de vuestro antiguo dueño, y carros y caballos, y plazas fuertes, y armas, escojed entre los hijos de vuestro difunto rey el mas esforzado y el que mas os agrade; colocadle en el trono de su padre, y combatid por él." Pero todos estos personajes se dijeron unos á otros no sin estupor: "Dos príncipes no han podido prevalecer contra él, ¿cómo podremos resistirle nosotros?" Y acordaron enviarle una entera sumisión. Entonces Jehú les mandó una segunda carta: "Si estais por mi parte y aceptais mis órdenes, cortad las cabezas de los hijos del rey, y mañana á esta hora misma venid á traérmelas en Jezrahel." Vinieron en efecto, llevando en cestones las cabezas ensangrentadas de los desgraciados príncipes. Jehú dijo á los mensajeros encargados de presentarle tan horrible presente, que si él hubiese dado órdenes injustas, no debieran haberlas cumplido, y que ejecutándolas daban testimonio de su justicia. "Ved, pues, dijo con aquella aterradora seguridad de aquellos hombres que se sienten los instrumentos de la venganza del cielo, ved ahora si ha caido en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y si ha ejecutado el Señor lo que predijo por medio de Elías, su servidor." Así, pues, fueron sucumbiendo al soplo de la cólera de Dios todos los apoyos de una familia poderosa, como hojas que arrancó el huracán y arroja delante de sí.

Mientras que Jehú trabajaba en afirmar su poder, cimentado con sangre, Hazael, que habia subido al trono de Damasco, haciendo morir á su señor, vino á someter á su imperio las provincias que el reino de Israel poseía á la otra parte del Jordan, las tribus de Gad y de Ruben y la media tribu de Manases. Entonces fué cuando desplegó todas las crueldades, cuya vista anticipada habia arrancado lágrimas de patriotismo á Eliseo. Destruyó las plazas fuertes, y paseó por las campiñas el incendio y la devastación. Despues de los guerreros, los viejos y los niños perecieron al filo de la espada; las mujeres en cinta fueron degolladas sin piedad, por temor de que en lo sucesivo no se levantase de entre las cenizas de los vencidos un ejército de vengadores. Por esto, un siglo despues, el profeta Amós pedía justicia de aquellas atrocidades, pintando con su vehemente elocuencia el verdor de las montañas marchitadas por la invasión, los campos llorosos y empobrecidos, y las mujeres de Israel aplastadas bajo el hierro desgarrador de los carros de guerra.

De otra parte el reino de Judá hallábase en una situación deplorable. Athalia hacia triunfar allí la impiedad, primero como esposa y como madre de reyes, despues á título de reina, cuando hubo inmolado sus nietos para ejercer un poder absoluto y omnímudo. En medio, pues, de tantas desgracias y escándalos, el profeta Eliseo, veía acercarse la hora de su muerte. Estaba de regreso á Samaria, en dónde cayó enfermo de peligro. Joas nieto de Jehú, que empuñaba entonces el cetro de Israel, fué á dar el último adios al anciano ilustre y venerable, y al acercársele le dijo con las lágrimas en los ojos: "¡Padre mio! ¡Oh padre mio! ¡Vos que sois el carro y el conductor de Israel!"—"Tráeme un arco y flechas" dijo Eliseo, y cuando los hubo tomado, "Príncipe, dijo, pon la mano sobre este arco." Y habiendo despues puesto sus manos entre las de Joas, añadió: "Abre la ventana que mira al Oriente, arroja una flecha." Y continuó en tono de inspiración: "Esta es la flecha de salud de Jehová, la señal de su protección contra la Siria.....". Y murió profetizando los próximos

triumfos de su país. Los sucesos no desmintieron su palabra: las armas siriacas fueron humilladas repetidas veces. Además, su ceniza pareció guardar algún resto de aquella maravillosa energía que había tantas veces desplegado durante su vida. Unos hombres que iban á dar sepultura á un muerto, sorprendidos por una herda de ladrones, huyeron despues de haber arrojado precipitadamente el cadáver sobre el sepulero de Eliseo que estaba allí contiguo. Al contacto de aquellos huesos santificados, el cadáver entró en movimiento, el muerto se reanimó, dando así Dios un nuevo y evidente testimonio de la virtud y del alto ministerio del grande profeta.

No se extinguió con la muerte de Eliseo la antorcha de la profecía, pues brilló sucesivamente y por el espacio de dos siglos en una porcion de hombres eminentes, cuyos escritos han llegado hasta nosotros, y que han llenado de una luz suave é inmortal las regiones de este cielo intelectual, en donde viven y respiran las almas. Por su medio, ántes de la venida de Jesueristo, la verdad se mantuvo en el mundo, el cual les debe el no haber enteramente perdido entónces el conocimiento de su origen y de su fin. En su inmutable palabra se apoya la verdad del Cristianismo; ellos fueron nuestros progenitores en la fé; y dándonos nosotros la mano por sobre la cabeza de los siglos, tocamos con ellos en la cuna de la humanidad, así como ellos tocarán con nosotros y con nuestros descendientes á aquel dia que se llama la Eternidad: dinastía sagrada de espíritus, que sale de Dios por la creacion, y que vuelve á él por una libre adhesion á la verdad religiosa.

